

Política exterior turca 2.0: un análisis post Primavera Árabe

El presente trabajo se propone analizar la política exterior de Turquía del gobierno del *Adalet ve Kalkınma Partisi* [AKP- Partido por la Justicia y el Desarrollo] haciendo especial hincapié en el período 2011-2014, es decir, luego del estallido de las revoluciones en los países de Medio Oriente, conocidas como “Primavera Árabe” y hasta el día de hoy. El objetivo es evaluar el alcance y la puesta a prueba de uno de los principales conceptos de la política exterior turca, el de “cero conflictos con los vecinos”, elaborado por el entonces Ministro de Relaciones Exteriores –hoy Presidente– Ahmet Davutoğlu en el año 2009, y las transformaciones que este modelo tuvo que atravesar luego de que dichos sucesos políticos irrumpieran en la escena regional.

Para ello, el trabajo estará dividido en cuatro partes: un breve repaso histórico de los principales lineamientos de la política exterior turca hasta la llegada del AKP al poder; un análisis de la doctrina de política exterior de “cero conflictos con los vecinos”, propulsada por dicho partido; una evaluación de la puesta en acción de dicha política exterior durante la Primavera Árabe, la cual estará subdividida en dos períodos: 2011-2013 y 2013-2014; y un apartado final de conclusiones, en el que se evaluarán las transformaciones y realineamientos que tuvo que atravesar Turquía en los últimos cuatro años.

Síntesis histórica de la política exterior turca

La piedra fundamental de la política exterior de Turquía, “paz en el interior y en el exterior” –divisa que aún hoy sigue siendo utilizada por su Ministerio de Relaciones Exteriores–, se remonta al período de fundación del estado moderno turco, durante la presidencia de Mustafá Kemal “Atatürk”. Como veremos a continuación, el contenido normativo de dicho *leit motiv* fue cambiando con los años, reflejando diferentes posiciones de Turquía en el tablero político global, si bien siempre ha tenido como denominador común la búsqueda y garantía de la paz y la seguridad.

La política exterior kemalista estaba, a su vez, sustentada en dos premisas: el aislacionismo, es decir, la focalización en la construcción de las instituciones de la joven república y el repliegue de la política internacional; y el no alineamiento, que le permitía coexistir en la encrucijada geopolítica en la que se encontraba Turquía en ese momento: a caballo entre la Europa convulsionada de entreguerras; un Medio Oriente y norte de África, cuyos límites estaban siendo rediseñados por los recientes acuerdos de Versalles, Sykes-Picot y el accionar de la Sociedad de las Naciones; y una Asia Central, teatro de operaciones de la Guerra Civil que resultó de la Revolución Bolchevique. El objetivo principal de dicha visión era lograr una República turca fuerte, soberana y relativamente homogénea, que pudiera echar por tierra los últimos siglos de decadencia otomana,

inclinándose hacia la consecución de un Estado laico y secular, siendo la clase militar –estrato de procedencia de Atatürk– el garante de estas últimas cualidades.

Dicho equilibrio se mantuvo hasta bien entrada la Segunda Guerra Mundial, en la que Turquía permaneció neutral hasta febrero de 1945, cuando se involucró a favor de los Aliados. Con esta acción, se inicia en Turquía una fuerte tradición pro-occidental, que habrá de marcar claramente su posición durante la Guerra Fría, y aún incluso luego de la caída del Muro de Berlín. Ese mismo año integró la Organización de las Naciones Unidas como miembro fundador.

La posición geoestratégica de Turquía como límite sudoriental de Europa y su cercanía con la Unión Soviética, con la que de hecho compartía el Mar Negro –pieza clave de la proyección soviética hacia mares cálidos– hicieron que ésta se transformara en una prioridad fundamental para Estados Unidos, quien procuró mantenerla de su lado del mundo por todos los medios, incluyéndola en el Plan Marshall, y proveyéndole asistencia militar. Turquía respondió interviniendo en la Guerra de Corea a favor de los Estados Unidos y sumándose a la OTAN en 1952. A lo largo de la Guerra Fría, Turquía no sólo fue un aliado crucial para Occidente –con quien continuó profundizando lazos, a través de su incorporación al Consejo de Europa y a la OCDE–, sino que además fue un escenario clave durante la resolución de la Crisis de los Misiles, puesto que fue el retiro de los misiles Júpiter de Izmir lo que contribuyó a destrabar el conflicto.

La disolución de la Unión Soviética significó otro punto de inflexión en la política exterior turca, puesto que, una vez más, Turquía se encontraba en el epicentro de un entorno inestable. Esta vez, sin embargo, el aislacionismo kemalista no podría ser de utilidad, sobre todo porque –desaparecida la amenaza soviética– la importancia estratégica de Turquía para los Estados Unidos decaía, y por ende, resultaba imperioso reavivar el compromiso con Occidente desde otra perspectiva: esta vez sería Turquía quien se conformaría autónomamente como un garante de la estabilidad en la región, para lo cual aprovecharía su rol natural de mediador entre este y oeste. En consecuencia, el presidente Özal formuló una política exterior multinivel, que contaría con estrategias para Medio Oriente, Asia Central, el Cáucaso, los Balcanes y el Mar Negro. La traslación de la zona de conflictos hacia Medio Oriente con el estallido de la Primera Guerra del Golfo evidenciaría que Turquía iba a cumplir un rol destacado en el mantenimiento de la paz y la seguridad de dicha región en las décadas futuras. En este conflicto, dicho país no sólo proveyó milicias, sino que incluso permitió la utilización de sus bases y espacio aéreo a la Coalición –hecho que no sucedería en la segunda Guerra del Golfo en 2003, y que aún se desconoce cómo terminará de ser en el conflicto contra el Estado Islámico en 2014- y cortó sus relaciones comerciales con Irak.

Uno de los principales alicientes de la política turca de acercamiento hacia los Estados Unidos y Europa fue su tradicional deseo de sumarse al proceso de integración europeo como miembro pleno, voluntad que se viene plasmando desde el año 1963 –con la firma del Tratado de Ankara, que supuestamente garantizaba dicho acceso, luego de 30 años de transición, en 1995. Sin embargo, llegado dicho año, Turquía aún no figuraba entre los listados de países candidatos, status que apenas logró en el año 1999 en la cumbre de Helsinki, dos años después de que Chipre –con quien Turquía sostiene un conflicto desde los años 70s–, consiguiera dicha categoría, y posteriormente, llegara incluso a formar parte de la Unión Europea.

En una situación similar a lo ocurrido en la Argentina, la crisis económica de Turquía –fruto de años de recesión, como resultado del fracaso de la implementación de políticas neoliberales, la renegociación de deuda con el FMI, la pérdida de credibilidad de la clase política y el derrumbamiento del sistema bancario– generó profundas transformaciones en la clase política turca, y por ende, en la visión que ésta tenía del mundo. Es en este contexto que, en el año 2001, surge un partido que aglutina a una serie de líderes conservadores que se fueron desprendiendo de los partidos tradicionales. El AKP –Partido por la Justicia y el Desarrollo– se presenta como la novedad, frente a la imposibilidad de las coaliciones políticas existentes de formar gobiernos que sobrevivieran a la crisis. En consecuencia, arrasa en las elecciones parlamentarias de 2002, obteniendo dos tercios de los votos, que ungerán a Abdullah Gül como el Primer Ministro que dará comienzo a los 12 años del AKP en el poder.

La política exterior del AKP: continuidades y rupturas

Si bien en su paradigma exterior, el AKP retoma y profundiza la acción de Özal respecto del abandono del aislacionismo kemalista, la orientación con la que realiza su acercamiento a las relaciones internacionales es diferente. En la sección “Política Exterior” de su declaración programática partidaria, si bien el AKP asegura que conservará “las tradicionales dimensiones atlánticas y europeas de la política exterior turca”, hace también un llamamiento al cambio, asegurando que “Turquía debe *reorganizar y crear* sus relaciones con centros de poder con alternativas, flexibilidad y varios ejes”.

El nuevo enfoque de la política exterior del AKP, lejos de basarse en el paradigma liberal que gobernó la racionalidad política turca durante la Guerra Fría –hecho que revelaba una adscripción identitaria más próxima a Occidente, que se condecía con la fortaleza de la laicidad y la secularidad que caracterizaban a la República Turca de dichos años–, está basado en un enfoque realista, que evalúa la racionalidad de la acción, en función de los intereses nacionales turcos, conforme el mapa global de la distribución del poder y la conflictividad va cambiando a su

alrededor. La política exterior de los gobiernos subsiguientes –Gül, Erdoğan y Davutoğlu – tendrá un carácter más pragmático y dinámico.

La institucionalización de dicha política exterior y su consagración como doctrina llegan, sin embargo, en el año 2009, con la designación por parte de Erdoğan de Ahmet Davutoğlu, profesor de Relaciones Internacionales de las universidades de Mánmara y Beykent, como Ministro de Relaciones Exteriores. Luego de años de aislacionismo y posterior dependencia, la política exterior turca se presenta ahora más asertiva (Walker, 2011: 12), y con la posibilidad de contar con una *grand strategy* (Dueck, 2005: 198), basada en dos conceptos fundamentales: el de “profundidad estratégica” y el de “cero conflicto con los vecinos”. El primero de estos conceptos fue desarrollado por Davutoğlu en su libro *La Profundidad Estratégica* (2000) y se basa, a su vez, en dos ideas secundarias: la profundidad histórica y la profundidad geográfica que hacen al legado turco y moldean, por lo tanto, la posición que debiera ocupar Turquía en el sistema internacional. Debido a sus múltiples afinidades históricas, civilizacionales y a su posición de punto de convergencia de varias áreas geográficas, Turquía merece ser un actor estratégico e ineludible de las Relaciones Internacionales. Dicha profundidad, además, lleva a la necesidad de establecer alianzas múltiples, creando un propio balance de poder que, sin confrontar con ninguna potencia extra-regional –como Europa o los Estados Unidos– permita a Turquía consolidar pacíficamente su área de influencia.

La política de “cero conflictos con los vecinos”, como su nombre lo indica, busca lograr un relacionamiento armonioso con todos los países con los que Turquía comparte la región. De alguna manera, sendos conceptos de la Política Exterior contradicen el principio aislacionista del kemalismo y propugnan una recuperación de la herencia del antiguo Imperio Otomano, cuya extensión territorial abarcaba varios de los vecinos actuales de Turquía. Este “nuevo otomanismo” (Ogluzlu, 2008), como se suele denominar a la política exterior del AKP, devuelve a Turquía a sus zonas tradicionales de influencia: el Medio Oriente, el Cáucaso, los Balcanes y el Mar Negro, regiones que antiguamente habían sido postergadas en la agenda turca, debido a la primacía del ideal integracionista con Europa.

En el marco de la política de “cero conflictos”, y en contraposición al pasado reciente, en el que Turquía estuvo al borde de la guerra con Armenia (1992), Grecia (1996) y Siria (1998), la nueva Turquía del AKP se ofreció como mediadora entre Israel y Siria en 2008 y entre Afganistán y Pakistán (2007-2010). Asimismo, y gracias a esa misma política, entre los años 2003-2008, Turquía propició una política de acercamiento hacia Armenia, logrando la celebración de reuniones de nivel ministerial entre sendos países, que concluyó en una propuesta de normalización de las relaciones bilaterales en 2009 (Torres, 2010), aunque el Protocolo de Zúrich no fue finalmente ratificado por ninguno de los dos parlamentos. Por otra parte, se intentó también un acercamiento a los kurdos

iraquíes –con quien la relación se encuentra ahora en uno de sus mejores momentos, debido al estallido de la crisis en Irak– e incluso con Chipre.

De todos modos, y como se sostuvo con anterioridad, si hay algo del kemalismo que la política del AKP retoma –aunque reformulado–, es el lema de paz exterior como condición de posibilidad de la paz interior. En la actualidad, esto supone el despliegue de Turquía de su *soft power*, de modo tal de ir construyendo una arquitectura de relaciones concéntricas que vayan generando la paz y la prosperidad con cada uno de los vecinos y principales actores (Finkielsztoyn, 2012). Dicho *soft power* implica, por ejemplo, la liberalización de las relaciones comerciales –cabe destacar que Israel, a pesar de las tensiones políticas recurrentes con Turquía, está entre sus primeros 20 socios comerciales (TurkStat, 2014)–; así como la ampliación de la flota de aviación comercial turca, que sirve a más de 200 destinos en el Medio Oriente, y la producción de contenidos multimedia, como las novelas televisivas (Cagaptay, 2013).

Primera parte de la Primavera Árabe: un *stress test* a la política del AKP

Los primeros estallidos revolucionarios en los países del norte de África y Medio Oriente (MENA, por su sigla en inglés) parecían prometer un efecto dominó, en la que la ciudadanía de los países oprimidos durante décadas por regímenes autoritarios, buscaba finalmente liberarse de dicho yugo, en pro de la democratización. Originalmente, en consecuencia, esta parecía una oportunidad perfecta para el ejercicio de la asertividad de la diplomacia turca, sobre todo en términos del ejercicio de su poder blando: las revueltas ciudadanas –como los casos de Túnez o Egipto– parecían ser el momento propicio para demostrar el valor del “modelo turco” de democracia de un alto nivel de pluralismo e institucionalidad, en contraposición al modelo iraní o saudí, que proponían estabilidad, a fuerza del sacrificio de otras variables. De hecho, en una encuesta realizada por la Brookings Institution en 2011 en cinco países árabes (Egipto, Marruecos, Jordania, Líbano y Emiratos Árabes Unidos), Turquía era considerado como el país que había jugado el rol más constructivo en la Primavera Árabe y Erdoğan era visto como un modelo a seguir por los egipcios (Telhami, 2011), una vez depuesto Mubarak.

Sin embargo, la evolución de las diferentes situaciones nacionales –la incapacidad de formar un gobierno de coalición en Libia, la polémica salida de Musri en Egipto, la continuación por cuarto año consecutivo de la guerra civil en Siria, y la implosión de Irak– comenzaron a mostrar la insuficiencia del poder blando y la incapacidad de Turquía, ya sea de adaptarse a las nuevas situaciones, ya sea de proyectar poder más duro. De hecho, en varios casos, la Primavera Árabe ha puesto en evidencia las diferencias entre la dimensión normativa de la política exterior turca y la *realpolitik* que subyace, al generar divergencias y tensiones entre la orientación que

normativamente ésta debiera tomar y la orientación que, debido a los intereses turcos en la región, se termina adoptando (Tocci, 2011). Como señala Ziya Onis (2012), la Primavera Árabe generó un alto grado de incertidumbre y dilemas para la política exterior de Turquía. A continuación, analizaremos los casos más importantes de actuación turca en el período 2011-2013.

Libia

La posición de Turquía en Libia fue, durante cierto tiempo, ambivalente y el país ha tenido dificultades en demostrar una línea de política exterior clara. Durante las primeras semanas de la revolución libia, Turquía se abstuvo de pronunciarse a favor de ninguno de los dos bandos. Esto se debe a que el país tenía importantes intereses económicos y políticos: Turquía era, incluso en 2013, uno de los principales inversores en Libia. Los llamados tigres de Anatolia –principal base empresarial de apoyo al AKP- habían invertido varios miles de millones de dólares en más de 160 emprendimientos en Libia –entre los que se incluyen los trabajos de expansión del aeropuerto de Trípoli (The Economist, 5/10/13)– y más de 25.000 ciudadanos turcos residían en Libia antes de la caída de Gadafi. En el año 2010, el comercio bilateral entre ambos países llegó a los 9.8 mil millones de dólares. La importancia de la inversión era incluso bidireccional, puesto que en 2010, Libia había anunciado el destino de 15 mil millones de dólares a compañías de construcción turcas.

En términos de vínculos políticos, puede afirmarse que, respecto de Libia, Turquía se desempeñaba de conformidad con el doble *standard* que hemos señalado con anterioridad, respecto de la dimensión ética y pragmática de su política exterior, sobre todo debido a razones históricas: fue Gadafi uno de los pocos en apoyar la incursión turca en la zona norte de la isla en Chipre en 1974. En el año 2010, el Coronel Gadafi incluso invitó a Erdoğan a participar como miembro honorario de la cumbre de la Liga Árabe en Sert y le hizo entrega del oximorónico premio “Muhamar Gadafi a los Derechos Humanos”.

Sin embargo, y por otra parte, Turquía es también una parte fundamental de la OTAN, y no puede fácilmente evadir sus compromisos. Asimismo, las fuertes reacciones anti-turcas que provocó el apoyo tácito al régimen de Gadafi –los manifestantes quemaron banderas turcas y se mostraron ferozmente en contra de Erdoğan– llevaron a un cierto viraje en la política para con Libia. La aprobación turca de una intervención en Libia por parte de la OTAN, de todos modos, fue una concesión ante un disgusto mayor: la posibilidad de que Francia estuviera unilateralmente al mando de una operación militar (The Guardian, 25/3/2011). Tras múltiples conversaciones con Alain Juppé, Davutoğlu cedió ante la creación de un trípode de intervención –no *fly-zone*, ataques aéreos y embargo de armas–, bajo supervisión y liderazgo de la OTAN, en la que la propia Turquía, por autorización de su Parlamento el 24 de marzo de 2011, supervisaría el cumplimiento de la *no fly-*

zone, mediante la provisión de seis jets Falcon F-16 de combate. Asimismo, el país participó con cinco barcos y un submarino para garantizar el bloqueo naval que reforzaría el embargo de armas.

La conclusión parcial respecto de la política turca para con Libia es ambigua, puesto que implica grandes concesiones –la aceptación de la intervención para derribar el régimen de Gadafi, e incluso la imposición de una *no fly-zone*–, si bien estas se realizaron con miras a lograr una importante victoria política: lograr imponer la voz de Turquía en la OTAN, contra las intenciones francesas, logrando que la operación se lleve bajo el control de dicha alianza militar. Sin embargo, el cambio de política exterior fue radical: para julio de 2011, Turquía no sólo ya no apoyaba a Gadafi y había intervenido en el país, sino que había reconocido formalmente y proveía asistencia financiera a los rebeldes de Benghazi, al tiempo que retiró su embajador de Trípoli (Al Jazeera, 3/7/2011).

Egipto

El caso egipcio parecía, en un principio, ser más claro y garantizar resultados más satisfactorios. Aquí, Turquía ha sido consecuente y mantuvo su posición de promoción de los valores democráticos, apoyando a los manifestantes de la Plaza Tahrir, en contra de Mubarak – difícilmente podría Turquía imaginarse que en 2013 enfrentaría ella misma movimientos que podrían considerarse de algún modo similares en la Plaza Taksim, si bien estas manifestaciones buscaban la consecución de derechos de tercera y cuarta generación, como son aquellos de acceso al espacio público, mientras que las de Egipto bregaban por la garantía de derechos políticos considerablemente más básicos. La decisión de no apoyar a Mubarak, de todos modos y a diferencia de lo sucedido con Gadafi, era poco costosa políticamente, puesto que las relaciones personales entre Erdoğan y Mubarak no eran buenas y Egipto y Turquía, de algún modo, se han disputado tradicionalmente la hegemonía regional, sobre todo en términos culturales y políticos.

En este sentido, el Primer Ministro turco pudo fácilmente apoyar el movimiento y ganarse el apoyo de las masas egipcias, al punto que en su gira por los países de la Primavera Árabe en 2011 – Libia, Túnez y Egipto–, Erdoğan fue muy bien recibido, puesto que como señala Stephen Cook (Foreign Affairs, 15/09/11), la experiencia turca supo resolver una de las principales dicotomías a las que Egipto se enfrentó –y sigue enfrentando hoy en día– entre liberales e islamistas: para los islamistas, Turquía es un ejemplo de que se pueden franquear las barreras de la representación política y constituir un gobierno de mayorías duradero; y, para los liberales, es una suerte de reaseguro, puesto que demuestra que, incluso bajo el gobierno de un partido pro-religioso, se puede seguir avanzando en la conquista de libertades básicas.

Resulta de algún modo natural que Erdoğan se pronunciara rápidamente a favor de los Hermanos Musulmanes –puesto que, al igual que el AKP, se trata de un partido político islamista–, si bien estos en un principio fueron más reacios a aceptar el apoyo turco, puesto que temían que aquello desdibujara el peso de su victoria electoral, que se logró sin ningún tipo de apoyo exterior. Las revueltas populares egipcias, aclararon, fueron resultado de una movilización endógena, sin ningún tipo de asistencia regional. De todos modos, la relación bilateral mejoró notablemente apenas Erdoğan se apresuró a celebrar la victoria electoral de Mohamed Mursi, a quien aún hoy Turquía considera el líder legítimamente electo en Egipto, en las primeras elecciones democráticas de la historia del país.

La salida del poder de Mursi en julio de 2013, luego de las protestas y enfrentamientos entre los Hermanos Musulmanes y el ejército egipcio, a la que los turcos –a diferencia de los Estados Unidos– consideran un golpe de estado, modificó notablemente las relaciones entre Egipto y Turquía, como veremos más adelante. Una vez más, Turquía parece no haber sido capaz de leer la totalidad de los hechos que habrían de precipitarse en Egipto.

Siria

Con una frontera de 822km en común, no resulta extraño que Turquía fuera uno de los países más afectados por el estallido de la guerra civil en Siria, y para quien la definición de una política exterior clara resultara más compleja. Las relaciones bilaterales habían sido difícilmente normalizadas luego del año 1998, cuando Siria finalmente expulsó al líder del PKK -Öcalan- en respuesta al *ultimátum* de ataque turco y, para el momento del conflicto, se encontraban en uno de sus mejores momentos históricos. De acuerdo con cifras del Ministerio de Relaciones Exteriores de Turquía, y como consecuencia de la entrada en vigor del acuerdo de Libre Comercio de 2007 y los acuerdos de supresión de visas de 2009, el comercio bilateral había ascendido a 2.5 mil millones de dólares en 2010, teniendo Turquía un importante superávit comercial.

La cooperación política entre sendos países también se había acrecentado, desde la intervención de Estados Unidos en Irak en 2003, puesto que tanto Siria como Turquía la condenaron –de hecho, y a diferencia de lo sucedido en la Primera Guerra del Golfo, Turquía esta vez negó la utilización de sus bases y espacio aéreo. Turquía también ofició como mediadora entre Siria, por un lado, y Estados Unidos e Israel, por el otro, para prevenir el aislamiento del país en diferentes ocasiones (el asesinato del Primer Ministro Hariri, el conflicto con Israel en 2008).

Se había logrado construir un vínculo sólido, dentro del marco del plan de “cero conflictos”, pero también como parte de una estrategia de seguridad turca, ya que contribuir a la estabilidad en Siria implicaba evitar tanto la reactivación nacionalista de la minoría kurda siria, como la huida en

masa de la población siria por las fronteras turcas, en caso de que un conflicto complejizara la situación en el país vecino, como de hecho terminó ocurriendo. Por ese motivo, cuando las revueltas en contra del gobierno de Assad estallaron en Damasco, Turquía instó sin éxito a la introducción de reformas, que flexibilizaran el régimen. Dicho pedido se hizo, en un principio, en privado y, conforme la situación comenzó a hacerse mediáticamente insostenible, Turquía se vio forzada a tomar una posición: condenar abiertamente al régimen de Assad, hecho que incluso reforzó apoyando a los integrantes de la oposición.

Conforme la crisis en Siria fue escalando, Turquía se encontró en encrucijadas cada vez peores: en principio defender el *statu quo* para evitar un desequilibrio en la seguridad regional (puesto que Siria es una pieza fundamental en el balance de poder de Medio Oriente) y una crisis doméstica; o alentar a las revueltas y bregar porque se llegue a una solución pacífica del conflicto, que implique la salida del Assad del gobierno. Optó por la segunda.

Pero a este pronunciamiento se le suman otras dos dificultades: el apoyo incondicional de Irán a Siria, hecho que necesariamente supone un cierto nivel de enfrentamiento entre Turquía e Irán –relación que ya de por sí es históricamente compleja; y la posibilidad de que el conflicto en Siria, y las denuncias turcas de violaciones a los Derechos Humanos en dicho país, de algún modo repercutieran en la política turca de manejo de su minoría kurda. En este sentido, al comienzo de la Primavera Árabe, se temía que esta pudiera “terminar generando un efecto rebote que desate una Primavera kurda al interior del propio territorio turco” (Finkielsztoyn, 2012: 10). Ya desde este momento, resultaba evidente que Turquía tenía pocas salidas respecto de la situación en Siria. Y las verdaderas consecuencias de la guerra civil aún no se habían hecho ver.

Segunda parte de la Primavera Árabe: niebla de guerra

Pasados los primeros dos años de enfrentamientos y guerras civiles en la mayoría de los Países Árabes, se hizo evidente que el orden previo había sido destruido, pero que ninguna alternativa viable todavía podía erigirse como respuesta. Los múltiples clivajes que se superponen en las diferentes sociedades –liberales vs. islamistas, sunitas vs. chiitas– han prolongado los enfrentamientos, cuyas principales consecuencias no sólo fueron las pérdidas en términos de vidas humanas e infraestructura, sino también el debilitamiento de las capacidades estatales de ejercer control sobre un territorio y garantizar el orden. En varios casos, como en Siria, Irak y Libia, las manifestaciones cívicas se transformaron en conflictos armados, en principio asimétricos –puesto que se trataba de un estado, contra un grupo insurreccional o “rebelde”–, si bien en algunos otros, como el libio y el iraquí las estructuras estatales son tan débiles que, en los hechos, la asimetría no se hace tan visible en las capacidades materiales, aunque sí en las elecciones tácticas de cada grupo

(guerra convencional vs conflicto asimétrico). Las fronteras nacionales se han vuelto porosas y esto ha facilitado la transnacionalización de movimientos, como en el caso de Estado Islámico, quienes –surgidos de los conflictos de la Primavera Árabe- evolucionaron hasta tener una agenda propia, que lejos se encuentra de los motivos originales. La transnacionalización de la conflictividad, por su parte, generó además una internacionalización del conflicto, en el que comenzaron a intervenir otros estados extrarregionales. Se ha perdido la capacidad de predicción de los eventos futuros, y en la incertidumbre reinante, cualquier conflicto puede transformarse en una cabeza de Hidra que dé origen a múltiples situaciones conflictivas, incluso peores que las anteriores.

En este conflicto, Turquía, al igual que los demás estados de Medio Oriente y del mundo, se encuentra inmersa en la niebla de la guerra –que imposibilita la visibilidad– y forzada a tomar decisiones trascendentes de política exterior en dicho contexto, con el agravante de su vulnerabilidad, por tener frontera directa con la mayoría de los territorios en los que se encuentra en epicentro de los conflictos. En la próxima sección, analizaremos las consecuencias de la política exterior turca en los conflictos antes estudiados y las modificaciones que el AKP tuvo que introducir, conforme evolucionaban los hechos.

Libia

La incapacidad del Consejo Nacional de Transición de lograr el monopolio legítimo de la fuerza, que permitiera la pacificación de Libia bajo un único gobierno, luego del asesinato de Gadafi y la intervención de la OTAN, generó un clima de inestabilidad, en el que algunos de los grupos de milicianos que lucharon contra Gadafi continuaron sintiéndose “garantes de la revolución”. Los grupos milicianos tomaron el control fáctico del territorio, gestionándolo a nivel regional, sumiendo al país en la anarquía.

El conflicto se intensificó en 2014, cuando la propia estructura estatal libia comenzó a reflejar las fracturas en las que está sumido el país. La radicalización del islamismo político que controlaba el Congreso Nacional General, que se rehusaba a abandonar el poder, aún cuando su mandato hubiera expirado en enero, produjo un importante cisma: por un lado, el General Haftar –que ordenó la disolución del CNG, y al no obtener resultados, desató la “Operación Dignidad” contra los rebeldes islamistas en Bengazi, logrando finalmente el llamado a elecciones y la conformación de un nuevo parlamento– y, por el otro, los islamistas, quienes desconocieron los resultados de las elecciones del 25 de junio –debido a la derrota electoral que sufrieron– y lanzaron la contraofensiva “Operación Amanecer Libio”, que acabó por tomar el Aeropuerto Internacional de Trípoli, junto con las brigadas de la ciudad portuaria de Misrata, lideradas por antiguos miembros del CNG. En la actualidad, entonces, el panorama libio es aún más peligroso que en 2011 y el país

se encamina hacia una fragmentación, de la cual ya existe evidencia. Hoy en día, el país está gobernado por dos gobiernos que se desconocen mutuamente: el Consejo de Representantes anti-islamista, con sede en Tobruk, y con Abdullah Al- Thani como Primer Ministro; y el antiguo Congreso Nacional General, con sede en Trípoli, con Omar Al-Hassi como Primer Ministro.

Frente a esta situación, Turquía tomó posición por uno de los dos bandos. El gobierno de Erdoğan –tal y como lo afirma el último comunicado de la embajada de Turquía en Trípoli– optó por reconocer a Ahmed Omar Maiteeq como Primer Ministro, tras su designación en mayo de 2014, si bien su designación fue luego anulada por la Corte Suprema libia, quien afirmó que Al-Thani permanecería en el cargo. Manteniendo la coherencia a nivel regional, y como ya lo había hecho en Egipto, la política exterior del AKP en Libia optó por apoyar al Maiteeq, puesto que este contaba con el respaldo de los Hermanos Musulmanes libios, partido islamista. En consecuencia, y respecto de la guerra civil libia, Turquía ha optado por apoyar a la facción del Islam político. Esta opción complejizó la presencia de diplomáticos y ciudadanos de Turquía en algunas áreas del territorio. En ese sentido, el 14 de junio de 2014, la misión diplomática de la ciudad de Bengazi tuvo que ser cerrada –cabe aclarar que era uno de los últimos consulados extranjeros que funcionaba en la ciudad, luego del ataque a la misión diplomática de los Estados Unidos (Reuters, 26/07/14). Las tareas continúan desde la ciudad de Trípoli, si bien Davutoğlu está considerando también cerrar la embajada en dicha ciudad (Hurriyet, 25/07/14).

La toma de posición a favor de la facción libia de Trípoli, asimismo, tiene fuertes repercusiones en el resto del Medio Oriente, puesto que enfrenta al eje Egipto-Emiratos Árabes Unidos, quienes al igual que los Estados Unidos y la Unión Europea reconocen al gobierno de Al-Thani, contra Qatar y Turquía, quienes se encuentran a favor de Al-Hassi. (Al Jazeera, 08/09/14). Esto ha comenzado a aislar a Turquía políticamente, al menos en el tablero político de la situación en Libia.

Egipto

Las relaciones bilaterales con Egipto también se complejizaron notablemente, luego del golpe de estado/ remoción de Mursi, respecto del cual Turquía sostiene que se trata de una violación a la democracia. El 23 de noviembre de 2013, el gobierno de Al-Sissi expulsó al Embajador turco Husein Avni Botsah, declarándolo persona *non grata* y redujo la calidad de la relación diplomática entre Egipto y Turquía, luego de que Erdoğan formulara nuevas declaraciones, en las que afirmaba no tener ningún respeto por aquellos que llevaron al ex Presidente Mursi delante del tribunal. Egipto, por su parte, tomó medidas de reciprocidad y declaró *persona non grata* al Embajador Abdurrahman Selahaddin, representante del Cairo en Ankara.

Desde ese entonces, las relaciones han sido tensas, agravándose más incluso luego de que sendos países adoptaran posiciones contrapuestas respecto de la crisis en Libia y tocaron fondos históricos, cuando Erdoğan criticó duramente al gobierno de Egipto durante su última exposición ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el pasado 24 de septiembre.

Teniendo en cuenta que la mayoría de los estados de la comunidad internacional siguen reconociendo y cooperando con el gobierno egipcio, entre ellos, los propios Estados Unidos, la postura turca dificulta su posición de liderazgo en Medio Oriente y aísla al país.

Siria

Una de las decisiones más complejas y que más problemas le ha traído a Turquía, sin embargo, es el apoyo a los rebeldes en Siria contra el régimen de Bashar al Assad, luego de que este se negara a introducir modificaciones. En marzo de 2012, Turquía cerró su embajada en Damasco (Balci, 2012) y comenzó a apoyar abiertamente al Consejo Nacional Sirio, que incluso opera desde Estambul, y el Ejército Libre de Siria.

Umit Ozdag, líder del *21st Century Turkey Institute*, un *think-tank* con sede en Ankara, ha definido el apoyo turco a los rebeldes en Siria de la siguiente manera: “Turquía hizo su mejor esfuerzo por llevar a los Hermanos Musulmanes al poder en Siria, pero no funcionó. Ahora, Ankara brinda apoyo oficial al Ejército Libre de Siria y extraoficialmente a grupos Salafistas, algunos de ellos afiliados a Al-Qaeda. Esto también lo hicieron para intentar disminuir la creciente ventaja de los grupos kurdos en Siria, y utilizan a estos grupos radicales como un *proxy* para desincentivarlos a declarar la autonomía plena en el norte de Siria” (Al-Monitor, 27/09/2013). Samir Aita, miembro del Foro Democrático Sirio coincide también en señalar la voluntad de Erdoğan de lograr un acuerdo entre Al-Assad y los Hermanos Musulmanes en Siria y que, al no poder lograrlo, procuró mantener dividida a la oposición siria, de modo tal de excluir al Partido Unión Democrática de Siria (PYD), cercano al PKK kurdo (Al-Monitor, 30/01/2014).

Algunas fuentes, como el Carnegie Endowment, afirman que Turquía ofreció apoyo a “logístico y financiero a *prácticamente todos* los elementos de la oposición siria, permitiéndoles reagruparse en territorio turco, luego de lanzar sus ataques” y que dicha vista gorda prestada con miras a combatir el régimen de Al-Assad, pudo haber contribuido para que el propio EI se estableciera fuertemente en territorio turco. Ante los dichos del Ex-Embajador de Estados Unidos en Turquía, Francis Ricciardone, de que Turquía había apoyado a grupos que estaban “bastante más allá” del concepto de moderados, tales como Al-Nusra, el propio Primer Ministro Davutoğlu afirmó que las declaraciones eran absolutamente falsas (Today’s Zamman, 18/09/2014).

Independientemente de si Turquía financió o contribuyó directamente con los grupos islamistas jihadistas, como los salafistas y las divisiones de Al-Qaeda en Siria –entre ellos, el Frente Al-Nusra, y el desprendimiento de Al-Qaeda, con quien esta organización rompió vínculos en 2014, el Estado Islámico para Iraq y el Levante–, puesto que difícilmente se podrá disponer de información oficial que confirme o refute dicha teoría, aquello que resulta trascendental para nuestro análisis es que la radicalización de la oposición siria ha comenzado a generar importantes externalidades para Turquía, que ya trascienden de la propagación de algún que otro incidente, más allá de las fronteras. Más de un millón y medio de personas han huido hacia Turquía en calidad de refugiados, según el ACNUR (ACNUR, 2014), lo cual también ha hecho que el país incremente considerablemente los fondos destinados a la asistencia humanitaria, hasta transformarse en el tercer donante mundial, con 1.6 mil millones de dólares destinados a tal fin, que suman un 0,21% de su PBI (Hurriyet, 04/10/2014).

La crisis en Siria, sobre todo desde el surgimiento del Estado Islámico, parece haber tomado a Turquía como rehén. Lo hizo, literalmente, cuando el grupo jihadista tomó como rehenes a 49 diplomáticos del Consulado de Mosul, que acaban de ser liberados el pasado 20 de septiembre (Barkey, 2014); y la mantiene constantemente en jaque, debido a la vulnerabilidad de los soldados que custodian la tumba de Suleyman Shah, en la provincia de Aleppo, expuestos a los embates de los rebeldes. Pero también condiciona su accionar a diario. De ser cierto el apoyo brindado a los grupos jihadistas, el Estado Islámico bien podría estar instalado en el interior del territorio turco, pudiendo planear ataques terroristas hacia su población (Carnegie Endowment, 2014).

Ante la peligrosidad adquirida por el Estado Islámico, y frente a la decisión de los Estados Unidos de lograr una coalición para atacarlo, para lo cual el Presidente Obama presidió una reunión del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Turquía decidió finalmente unirse al grupo de más de 40 naciones –entre ellas Irak, Jordania, Bahréin, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita y Francia– que apoyan los ataques aéreos contra la agrupación terrorista. La decisión de participar de dicha coalición volvió a poner a Turquía en la vieja encrucijada respecto de la aceptación o no del uso de su territorio y sus bases militares por parte de potencias extranjeras. El Presidente Erdoğan afirmó en Nueva York que Turquía daría “todo el apoyo necesario a la operación, sea militar o logístico” (Washington Post, 25/09/14).

En este sentido, el pasado 2 de octubre, el Parlamento turco aprobó una moción que autoriza el despliegue del ejército turco en Irak y Siria, y que a la vez autoriza el despliegue de tropas extranjeras en suelo turco por el período de un año. Sin embargo, el propio Ministro de Defensa de Turquía afirmó que la aprobación de dicha medida no significaba la puesta en acción inmediata

(Hurriyet, 02/10/14 b). De hecho, si bien la presencia militar turca en la frontera se ha acrecentado, se presume que esto se realiza con el sólo objetivo de resolver el combate en la ciudad de Kobane.

Turquía tiene aún una serie de *caveats* respecto de la intervención: a) el primero de ellos es acerca del alcance de la acción militar que será desplegada por la coalición internacional. Erdoğan y luego el Ministro Yilmaz afirmaron que el objetivo de Turquía es desplegar una “estrategia holística y comprehensiva” (*idem*), ya que de lo contrario, la región seguirá siendo arrastrada a conflictos cada vez peores. La visión turca de intervención en Siria implica ponerle necesariamente fin al régimen de Assad, y si bien los Estados Unidos afirman estar contemplando la posibilidad, aún no se ha llegado a un consenso al respecto, y difícilmente se llegue; b) estrechamente cercano al argumento anterior, Turquía quiere asegurarse que su intervención, en el caso de participar, estará acompañada de la garantía de una *no fly-zone* sobre Siria, de modo tal de evitar ser atacados por la fuerza aérea siria. Una vez más, el asunto está bajo la consideración e los Estados Unidos; c) aún no se ha llegado a una respuesta acerca de si Turquía permitirá o no a los Estados Unidos hacer uso de su base militar de Incirlik en el sudeste turco para ejecutar ataques; d) la posición de Turquía es particularmente compleja, puesto que además de encontrarse en contra de Al-Assad y de ISIS, también se manifiesta en contra del PKK, y esto necesariamente repercute en su visión sobre el PYD –partido kurdo sirio–, dado que estos tienen una alianza con el partido kurdo turco. De hecho, el mandato otorgado por el Parlamento turco permite la acción contra *todos* los grupos terroristas, entre los cuales está considerado el PKK. Pasemos entonces, por último, a analizar las repercusiones de la crisis en Siria y en Irak sobre el proceso de paz entre Turquía y su minoría kurda.

El impacto de la crisis siria sobre el proceso de paz turco-kurdo

La negociación de paz entre el gobierno turco y la minoría kurda comenzó en 2013. En junio-julio de ese año, la Asamblea General del Congreso de los Pueblos del Kurdistán acordó retirarse de Turquía y desplazar su teatro de operaciones hacia el norte de Irak, concluyendo lo que ellos consideraban la primera fase de los acuerdos de paz. El llamado “paquete de reformas”, la contraparte ofrecida por Erdoğan, contemplaba la liberación de activistas políticos kurdos, la mejora en las condiciones de la detención de Öcalan, la educación en idioma kurdo y la baja del piso del 10% de votos para acceder al Parlamento Turco (Gunter, 2014). Hasta ahora, el área en la que más se avanzó es en la de la educación. Asimismo, en julio de este año, se aprobó otra ley que provee un marco legal para las negociaciones de paz: a partir de ahora se protegerá a aquellos involucrados en el desarme y la integración de los rebeldes kurdos, así como también se proveerá un cierto grado de protección a las reuniones que se realicen para avanzar en las negociaciones.

El estallido de la crisis en Siria y en Irak, los otros dos países en los que la minoría kurda tiene importante presencia, y donde incluso tienen un mayor nivel de autonomía, precipitó las negociaciones, puesto que incrementó la vulnerabilidad de dicho pueblo, a la vez que fomentó su unificación bajo la bandera de la lucha común contra el Estado Islámico. Si bien en la actualidad, Turquía y los kurdos tienen un enemigo común, el accionar desplegado no necesariamente es el mismo. Turquía gestiona de manera diferente sus relaciones con los kurdos iraquíes, que aquellas con los kurdos sirios y turcos.

De hecho, la relación con los kurdos iraquíes es una de cooperación, puesto que ambas partes compartían el interés común de balancear el poder central del gobierno chiita iraquí, antes de su debilitamiento y virtual colapso ante los avances del Estado Islámico. El Kurdistan iraquí ofreció ayuda a Turquía para combatir al PKK, y del lado turco, se han establecido empresas y capitales turcos en la zona recientemente autónoma de Irak. Turquía ha incluso hecho la vista gorda respecto de la invasión kurda de la ciudad de Kirkuk (Cagaptay, 2014) –y la consecuente toma de sus pozos petroleros– en pleno combate contra EI, ciudad que solía ser una *red line* en la política turca para con el Gobierno Regional Kurdo (GRK). La situación con los kurdos sirios es, sin embargo, radicalmente distinta, y cuando la región de Rojava –el Kurdistan sirio– se declaró autónoma en 2012, Turquía afirmó que no toleraría ningún *fait accompli* en Siria (Karaveli, 2014).

¿Por qué se producen estas diferencias? Para empezar, Turquía le reclama al PYD, partido kurdo sirio, que clarifique su situación en el mapa político sirio, dado que este aún no se ha manifestado ni abiertamente pro Al-Assad, ni abiertamente en contra, como integrante del Frente Libre Sirio. De hecho, cuando Salih Muslim, líder del PYD visitó Ankara, pidiendo apoyo en la lucha contra EI –que está sitiando desde hace ya tres semanas a la ciudad de Kobane, a escasos kilómetros de la frontera turca–, Davutoğlu impuso como condición a toda asistencia la clarificación de su situación.

Las tensiones con el PYD repercuten directamente en el PKK, puesto que ambos partidos son aliados. La negativa del PYD de ubicarse en el bando pro-turco, expone al PKK a un mayor nivel de vulnerabilidad, puesto que lo pone bajo el marco del mandato de persecución anti-terrorista recientemente aprobado por el Parlamento turco. Turquía, como ya se sostuvo, no sólo es anti Assad y anti EI, sino también anti un PKK terrorista.

Por su parte, y debido a su exposición a la agresión por parte de EI, los propios kurdos ponen a la cooperación turca como condición *sine qua non* para la continuación de los acuerdos de paz. Desde su prisión, en los últimos días, Öcalan afirmó que la masacre de los kurdos en manos de EI echaría por tierra todo tipo de negociaciones (*Hurriyet*, 02/10/14), puesto que demostraría la falta de interés de Turquía de garantizar la seguridad de su minoría, quien se comprometió a

rechazar la alternativa cesionista, desde el momento en que se inició el proceso de paz. La cooperación demandada por los kurdos, de acuerdo a su punto de vista, no debería materializarse en una intervención armada en el terreno, sino más bien a través de la provisión de víveres y armas para que los kurdos puedan continuar con su resistencia armada.

Si bien el conflicto en Siria e Irak ha contribuido a la mejor organización y unificación de las diferentes minorías kurdas de los tres países, la creación de un estado “Kurdistán” aún parece estar lejos. El estado de situación actual pareciera empujar más hacia la fragmentación de sendos países en pequeños estados, cada uno de los cuales podría contener un micro-estado kurdo, por más que resulta complejo concebir que la Comunidad Internacional permita la consumación de la implosión de las fronteras diseñadas por el acuerdo Sykes-Picot.

Conclusiones y desarrollos futuros

La política exterior de Turquía ha sufrido importantes reveses, sobre todo durante los últimos años de la Primavera Árabe. La radicalización de los eventos en Siria, Libia, Egipto e Irak – que por una cuestión de espacio, no hemos abordado en este trabajo– han puesto importantes desafíos a una estrategia de inserción internacional, que procuraba no tener conflictos con los vecinos, sobre todo cuando estos provenían del mundo árabe. Sin embargo, dicha radicalización conlleva necesariamente una polarización, respecto de la cual Turquía tuvo que posicionarse.

El sostenimiento de un paradigma político particular, es decir, la manifestación partidaria del Islam político, a través de sus actores locales –en la mayoría de los casos, desprendimientos de los Hermanos Musulmanes– guarda una importante coherencia, tanto hacia el interior como al exterior del país. En todos los episodios nacionales, Turquía se relacionó con aquellos actores más parecidos al AKP. Sin embargo, esta opción se realizó aún a costas de los propios pilares fundamentales de la política exterior turca: la profundidad estratégica y la lógica de “cero conflicto con los vecinos”. La falta de diversificación de opciones no sólo ha privado a Turquía de un importante margen de acción, puesto que en efecto le ha hecho perder “profundidad”, sino que además le ha generado costosos enfrentamientos, y en algunos casos, incluso el aislamiento. Como puede verse de la tabla a continuación, la situación diplomática de Turquía en Medio Oriente es bastante delicada y en los últimos años, lejos de abrirse nuevas embajadas, se han cerrado varias.

Tabla 1: estado de las relaciones diplomáticas de Turquía con los principales países de Medio Oriente y el Norte de África

País	Estado de las relaciones
Bahréin	Embajadas en ambas capitales
Egipto	Degradadas desde Nov, 2013.
Irán	Embajadas en ambas capitales
Irak	Embajadas en sendas capitales, diplomáticos del consulado de Mosul secuestrados en 2014.
Israel	Degradadas desde 2011. Intento fallido de reconciliación en 2013.
Jordania	Embajadas en ambas capitales
Kuwait	Embajada turca, consulado kuwaití
Líbano	Embajadas en ambas capitales
Omán	Embajadas en ambas capitales
Palestina*	Representación palestina en Ankara. Concurrencia con Embajada Turquía en Israel
Qatar	Embajadas en ambas capitales
Arabia Saudita	Embajadas en ambas capitales
Siria	Embajada turca cerrada desde 2012
Emiratos Árabes Unidos	Embajadas en ambas capitales
Yemen	Embajadas en ambas capitales
Libia	Consulado en Bengazi cerrado, evaluando cierre Embajada en Trípoli.

Si bien para algunas de estas crisis regionales, como las de Libia y Siria, aún es muy complejo determinar la situación futura –dado que muy probablemente se alterará el balance de poder ambos países, quizás incluso avanzando hacia una fragmentación–, la situación en Egipto sí se ha estabilizado y, en este caso, Turquía ha perdido un aliado importante. El enfrentamiento con el régimen de Al-Sissi, que hoy en día se extiende en numerosos tableros– ha incrementado los sentimientos anti-turcos en la región y repercute en la proyección de *soft power* de Turquía en Medio Oriente.

No obstante, y muy probablemente involuntariamente, los sucesos de la Primavera Árabe han vuelto a acercar a Turquía a Occidente, si bien de una manera muy distinta que antaño, y en una posición de considerable autonomía estratégica. Nos atreveríamos a decir que el fracaso de la política neo-otomana en Medio Oriente ha generado, por una mera situación de *realpolitik*, un acercamiento fáctico con los Estados Unidos, la Unión Europea e incluso Israel. Si bien Turquía sigue manteniendo posiciones divergentes de las de estos actores –los casos más sobresalientes son

la situación en Libia y en el conflicto árabe-israelí, en el que Turquía mantiene un apoyo cuasi incondicional a Hamas, hecho que se ha vuelto una causa estructural del deterioro de las relaciones entre Turquía e Israel– la crisis en Siria, y el interés común en preservar la estabilidad regional, les ha permitido acercar posiciones.

La situación con los Estados Unidos es ambivalente, ya que por más que Turquía haya accedido esta vez a intervenir junto con su par americano en territorio sirio, la frustración es aún creciente, puesto que el gobierno de Erdoğan todavía no ha materializado dicha colaboración y la situación de la ciudad kurda de Kobane se sigue agravando. La divergencia de criterios está basada, por su parte, en una disonancia aún más profunda respecto de la escala y amplitud que debe tener el accionar desplegado en Siria: Turquía tiene un interés regional permanente –que se materializa en el deseo de derrotar a Al-Assad, quien históricamente ha sostenido al PKK y al PYD, de modo de contrabalancear a su vecino–, mientras que los Estados Unidos están concentrados en un objetivo de corto a mediano plazo: borrar al ISIS de la faz del planeta. La falta de consenso sobre los objetivos también genera disenso respecto de los medios, puesto que Turquía demanda el establecimiento de una *no fly zone* que le permita intervenir con tranquilidad, así como el establecimiento de una zona *buffer*, que evite que el conflicto siga derramando hacia sus fronteras, al tiempo que el gobierno de Obama por el momento rechaza dichas opciones, prefiriendo los ataques aéreos. De todos modos, la mirada está puesta hoy en día sobre Turquía, y tanto el Secretario general de la OTAN, Stoltenberg, como el encargado de la coordinación de la coalición anti ISIS, el General retirado John Allen, visitarán Turquía en los próximos días, a fin de encontrar una solución que satisfaga a los principales miembros de la alianza. El Presidente François Hollande, asimismo, ya se ha pronunciado a favor de la iniciativa turca (Washington Post, 09/10/14).

La intervención internacional en Siria e Irak le está dando a Turquía una oportunidad histórica de recobrar su rol como agente de paz y estabilidad en Medio Oriente, que de alguna manera podría contribuir a recuperar parte de la profundidad estratégica perdida durante los últimos años, e incluso podría indirectamente contribuir a mejorar las relaciones con sus vecinos árabes, puesto que varios de ellos forman parte de la coalición.

Los vínculos con Israel atraviesan una lógica similar. Ambos países comparten el deseo de democratización y estabilidad en Medio Oriente, si bien Turquía desearía que se realizara bajo una tónica islamista. Existe una convergencia de deseos, pero la política actual mantiene a ambos países alejados. La guerra en Gaza de agosto de 2014 contribuyó a debilitar las relaciones bilaterales que dificultosamente se estaban reconstruyendo, luego de que Israel se disculpara por el incidente de *Mavi Marmara* y dispusiera el pago de indemnización a las familias de los tripulantes turcos de la flotilla hundida. El apoyo turco a Hamas se ha interpuesto incluso entre las relaciones de

cooperación económica entre sendos países, dado que la normalización de la situación en Gaza se ha puesto como condición de posibilidad de continuidad de los acuerdos de cooperación en la explotación de los recursos gasíferos del Mar Mediterráneo (Times of Israel, 09/09/14).

Aún así, y como se observará en el Gráfico 1 del Anexo, la política exterior y la comercial en Turquía discurren por caminos paralelos, puesto que sus cuatro principales destinos de exportación en Medio Oriente –Irak, Irán, Egipto e Israel– son, paradójicamente, aquellos con los cuales dicho país tiene las peores relaciones políticas bilaterales. Esto demuestra, de algún modo, la habilidad de Turquía de poder jugar en diferentes tableros, procurando que la situación política coyuntural no obture los lazos estructurales ya establecidos, sobre todo en términos comerciales, que es uno de los principales instrumentos de proyección de poderío turco en la región.

Volviendo, de todos modos, a la guerra en Gaza, resta decir que esta ha contribuido, una vez más, a mejorar la posición de Turquía como negociadora en la región, puesto que fue convocada – junto con Qatar, Francia, Alemania, Italia, el Reino Unido y los Estados Unidos– a una conferencia realizada en París en julio de 2014, con el objetivo de llegar a un cese al fuego en Gaza. Qatar y Turquía, cuyo entente pro-islamista se sostiene también en el conflicto con Libia, fueron convocados como representantes del lado de Hamas, si bien ambos son históricos aliados de los Estados Unidos. El rol en dicha conferencia, sin embargo, ha disgustado no sólo a Israel, sino también a Egipto, e incluso a la Palestina de Al-Fatah, dirigida por Mahmud Abbas.

Por último, y como se mencionó con anterioridad, la crisis en Medio Oriente y las dificultades que atraviesa Turquía en dicha región, han provocado un nuevo acercamiento entre dicho país y la Unión Europea, sobre todo con miras a evitar la migración de *freedom fighters* pro ISIS desde y hacia Turquía y Europa. En este sentido, el pasado septiembre, Turquía lanzó una nueva estrategia de acceso a la Unión, en la cual se afirma que “los recientes y dramáticos cambios, desde Siria hasta Ucrania y desde el Medio Oriente hasta el Norte de África, requieren que Turquía y la Unión Europea actúen conjuntamente contra las amenazas globales y regionales”. Hoy en día sendas poblaciones comparten los mismos riesgos y desafíos geopolíticos y Angela Merkel se ha pronunciado incluso a favor del avance de las negociaciones, si bien se sabe que aún queda una larga lista de transformaciones por realizar, antes de una inclusión definitiva. La estrategia 2014 contiene, además, disposiciones respecto de una reforma de la constitución turca para 2019.

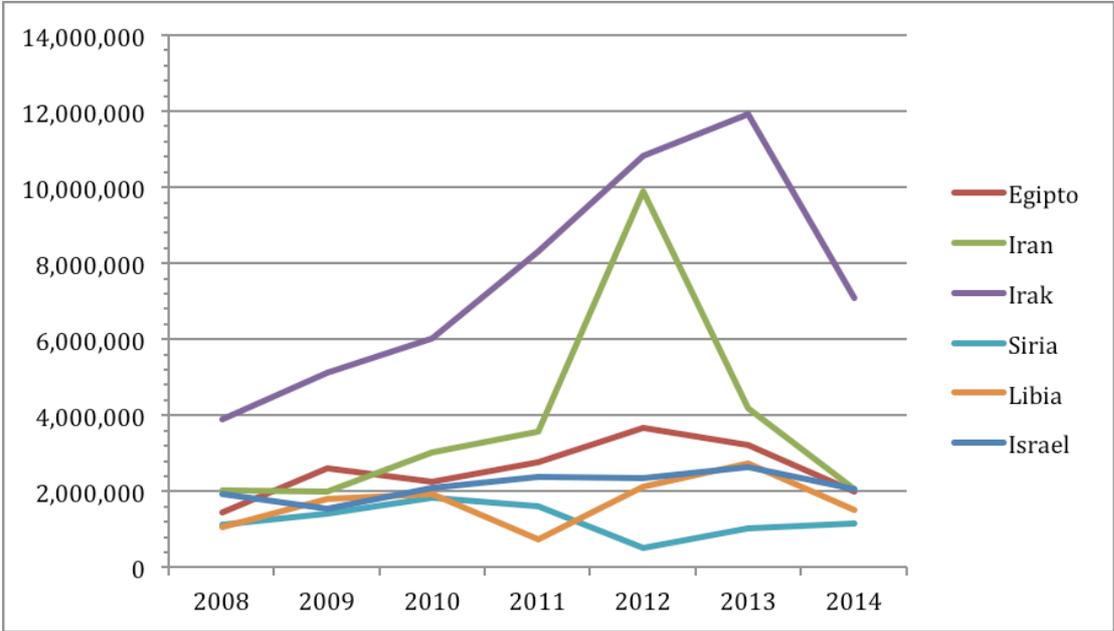
La designación de Davutoğlu por parte de Erdoğan como su sucesor al puesto de Primer Ministro, hecho que fue refrendado por el resultado electoral del pasado agosto, demuestra que –a pesar de los reveses y los retrocesos– existe un consenso en la élite del AKP por seguir manteniendo el curso actual de la política exterior de Turquía, sobre las bases de la promoción de la democracia, la estabilidad regional y los valores del Islam político. La realidad, sin embargo, está

demostrando que la acción exterior turca está emprendiendo derivas cuyas consecuencias futuras son difíciles de predecir, y que, la componente de pragmatismo de las Relaciones Internacionales – sobre todo frente a la amenaza de una guerra– hacen prevalecer las alianzas estratégicas por sobre cualquier retórica y declaración de principios. En consecuencia, Turquía está comenzando a transitar un camino de acercamiento hacia Occidente, al menos en lo que la política para con Siria y el ISIS concierne. En otros aspectos, sin embargo, como son la guerra civil en Libia y la situación política en Egipto, ambos bloques se encuentran en las antípodas.

La posibilidad de Turquía de jugar en diferentes tableros y, sobre todo, a juegos tan distintos, con alianzas y patrones de conducta tan diferentes es sin duda reflejo de la situación actual de la política internacional, en la que la *non-polarity* (Haas, 2008) y la falta de una hegemonía clara en esferas más allá de la militar, hacen del mundo un lugar cada vez más regido por la lógica del pragmatismo y el interés nacional. Turquía, incluso a pesar de la importancia de la dimensión programática de su política exterior, no ha escapado de dicha lógica y se ve forzada a pasar la tormenta global aferrándose a múltiples puertos, hasta que se disipe la niebla de la guerra.

Anexo

Gráfico 1: Volumen de exportaciones turcas a los países de Medio Oriente (2009-2014) en dólares (Fuente: elaboración propia a partir de TurkStat)



Bibliografía

- “Business in Lybia: a post-Qadafi pause”, *The Economist*, 05/10/2013;
- “Davutoğlu: US embarrassed over failure to heed Turkish advice on Syria”, *Today’s Zamman*, 18/09/2014;
- “Massacre in Kobane would end PKK’s peace talks with Turkey”, *Hurriyet*, 02/10/2014 b;
- “Sinopsis de la Política Exterior turca”, Ministerio de Relaciones Exteriores de Turquía, disponible en [URL] <http://www.mfa.gov.tr/synopsis-of-the-turkish-foreign-policy.en.mfa>, consultado el 09/10/14;
- “Turkey may close Embassy in Tripoli: Davutoğlu”, *Hurriyet*, 24/07/2014;
- “Turkey recognizes Libya rebels”, *Al Jazeera*, 03/07/2011;
- “Turkish Government gets OK for military operations in Syria, Iraq”, *Hurriyet*, 02/10/2014;
- AKParti– Party Programme, disponible en [URL] <http://www.akparti.org.tr/english/akparti/parti-programme#bolum>, consultado en 10/10/2014;
- Arab Center for Research and Policy Studies (2011), “Turkey’s position on the Libyan Revolution”, disponible en [URL] <http://english.dohainstitute.org/release/b748c9b2-b311-4ae4-aa2d-9576874037e5>, consultado en 09/10/14;
- Balci, Bayram (2012), “The Syrian Dilemma; Turkey’s response to the Crisis”, *Carnegie Endowment for International Peace*, disponible en [URL] <http://carnegieendowment.org/2012/02/10/syrian-dilemma-turkey-s-response-to-crisis/9jxj>, consultado en 09/10/14;
- Barkey, Henri, (2014), “How the Islamic State Took Turkey Hostage”, *Foreign Policy*, 21/09/2014;
- Bechv, D. (ed.) (2001), *What does Turkey Think?*, European Council on Foreign Relations, London;
- Cagaptay, Soner (2013), “Ankara’s Middle East Policy post Arab Spring”, *The Washington Institute for Near East Policy*, No. 16, Nov. 2013, disponible en [URL] http://www.washingtoninstitute.org/uploads/Documents/pubs/PolicyNote16_Cagaptay2.pdf, consultado el 09/10/14;
- Cagaptay, Soner (2014), “Why Erdogan is Ready to Work With Iraqi, Syrian and Turkish Kurds”, *Foreign Affairs*, 01/07/2014;
- Cook, Stephen (2011), “Erdogan’s Middle Eastern Victory Lap”, *Foreign Affairs*, 15/09/2011;

- Daloglu, Tulin (2013), “What is Turkey’s Roke in Syria’s Islamic Opposition?”, *Al-Monitor: the Pulse of the Middle East*, 27/09/2013;
- Davutoğlu, Ahmed (2000), *Strategic Depth: Turkey’s International Position*, Küre Yayinlari, Estambul;
- Dueck, Collin (2005), “Realism, Culture and Grand Strategy: Explaining America’s Peculiar Path to World Power”, *Security Studies*, 14:2, 195-231;
- Finkielsztoyn, Micaela (2012), “La política exterior de Turquía en la Primavera Árabe”, *GEIC AI007/2012*, disponible en [URL] <http://www.geic.com.ar/2010/2012/05/08/la-politica-exterior-de-turquia-en-la-primavera-arabe/>, consultado en 09/10/2014;
- Goskel, Timur (2014), “Syrian Opposition figure: Turkey’s “many mistakes” in Syria”, *Al-Monitor: the Pulse of the Middle East*, 30/01/2014;
- Gunter, Michael (2014), “The Turkish-Kurdish Peace Process Stalled in Neutral”, *Insight Turkey*, Vol. 16, No. 1;
- Haas, Richard (2008), “The Age of non-Polarity”, *Foreign Affairs*, 09/10/2008;
- Idiz, Semih (2014), “Turkish-Egyptian Ties are at a Standstill”, *Al-Monitor: the Pulse of the Middle East*, 26/09/2014;
- Karaveli, Halil (2014), “Kobane and the Future of Turkish Democracy”, *Foreign Affairs*, 08/10/2014;
- Markey, Patrick (2014), “U.S Evacuates Libya Embassy after “free-wheeling militia violence”, *Reuters*, 26/07/2014;
- Ogluzlu, T. (2008), “Middle Easternization of Turkey’s Foreign Policy: Does Turkey Dissociate from the West?”, *Turkish Studies*, Vol. 9, No. 1, March 2008, pp. 3-20;
- Payne, Sebastian (2014), “What the 60-plus members of the anti- Islamic State coalition are doing”, *The Washington Post*, 25/09/2014;
- Telhami, Shibley (2011), “The 2011 Arab Public Opinion Poll”, disponible en [URL] <http://www.brookings.edu/research/reports/2011/11/21-arab-public-opinion-telhami>, consultado en 09/10/2014;
- Tocci, Nathalie, (2011), “Turkey and the Arab Spring: Implications for Turkish Foreign Policy in Transatlantic Perspective”, Carnegie Endowment for International Peace, disponible en [URL] <http://www.carnegieendowment.org/2011/09/12/turkey-and-arab-spring-...tions-for-turkish-foreign-policy-in-transatlantic-perspective/54y5>, consultado el 09/10/2014;

- Torres, Ricardo (2010), “El proceso de normalización de las relaciones entre Turquía y Armenia”, *Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI)*, Serie de Artículos y Testimonios No. 71, pp. 1-10;
- Traynor, Ian; Watt, Nicholas, “Lybia: NATO to control no fly-zone after France gives way to Turkey”, *The Guardian*, 25/03/2011;
- Turkish Statistical Institute (TurkStat), disponible en [URL] http://www.turkstat.gov.tr/PreTablo.do?alt_id=1046, consultado el 09/10/14;
- Ülgen, Sinan (2014), “Turkey’s ISIS Crisis”, *Carnegie Europe- Project Syndicate*, 02/10/14;
- United Nations High Commissioner for the Refugees (UNHCR)- Turkey, Country Profile, disponible en [URL] <http://www.unhcr.org/pages/49e48e0fa7f.html>;
- Verhese, Nouri (2014), “Libya: Where are the dividing lines?”, *Al Jazeera*, 08/09/2014;
- Walker, Joshua W. (2011) “Turkey's global strategy: introduction: the sources of Turkish grand strategy - ‘strategic depth’ and ‘zero-problems’ in context”, in Kitchen, Nicholas (ed.) *LSE Ideas*, London School of Economics and Political Science, London, UK;
- Yesiltas, Murat; Telci, Ismail N. (2013), “Turkish Foreign Policy under Regional Transformations”, Al Jazeera Center for Studies, disponible en [URL] <http://studies.aljazeera.net/en/reports/2013/12/201312158536308298.htm>, consultado en 09/10/2014;
- Yilmaz, Turan (2014), “Turkey ranks 3rd most generous donor country”, *Hurriyet*, 04/10/2014;
- Ziya Öniş (2012), “Turkey and Arab Spring: Between Ethics and Self-Interest”, *Insight Turkey*, Vol. 14, No. 3, pp. 45-63.